

su sitio está en el sentimiento que la filosofía moderna llama intuición y que no es sino el punto por donde encuentra salida su fuerza vital. Por tal razón, el arte tiende cada día a ser más personal, a estar más en devenir, diría un hegeliano. Y no es que viva fuera del ritmo que forma cualquier aliento vital: lo aprueba, al contrario, con la autonomía que busca. Un alto espíritu francés, Jacques Ribière, decía, al estudiar el movimiento dadaísta, que era la última etapa del romanticismo, en su afán a lo excesivamente personal: como negación de lo universal no se puede ir más lejos; sin embargo — floración de un día — el dadaísmo no afirmó nada real, pero definió una tendencia, como el cubismo en la pintura. Época de relativismos y de transiciones: falta lo universal para llegar a lo eterno. La vida se va formando por repeticiones del último modelo. Triste tarea a la que los hombres no se niegan, en su vanidad de destronar a los dioses. Devenir suntuoso que hiciera oscuro al más actual de todos los filósofos: Heráclito.

Cuando las discusiones sobre la literatura llegan a mis oídos, con el espíritu de exclusividad que forma los bandos, tengo para mis adentros el deseo de gritar que en la vida no hay frontera, y que el arte es algo universalmente eterno. Y sobre todo en nuestra escena — nosotros, italianos, franceses, españoles y americanos de habla castellana, — hijos del Mediterráneo y criados con la misma leche de la loba romana. En el fondo, todos no hablamos sino un latín corrompido, lo ha dicho más de un humanista. Las variantes del lenguaje las impuso la latitud en que accionaba cada pueblo: lo eterno del primitivo lenguaje no ha cambiado. La mentalidad de los diversos pueblos se fué formando por la afluencia de otras razas — el bárbaro es aquí el romano que conquistaba — que se iban insinuando, junto con el poder inmenso de la civilización latina, mediante las invasiones del Norte y del Oriente. Fuera del elemento autóctono, en España y en Italia, predominó el oriental; en Francia el vándalo, el celta. Rara mezcla de razas que ha dado la sorprendente civilización moderna. En el comienzo del Renacimiento estos pueblos ya estaban definidos, y en las lenguas respectivas que se fueron formando en la boca del vulgo, a pesar de la defensa que del latín hacían los doctores en letras y teología, iban vaciando sus almas. Alma suntuosa y apasionada en el italiano; alma irónica, escéptica y de una transparente ligereza, en el francés — ¡oh sombras de Montaigne y Rabelais!; — alma aventurera y picaresca, en el español. Sobre tal fondo espiri-

tual iba trabajando la vida; el principio interior que unía a estos pueblos no se rompió. Un hecho importante, entre muchos otros, lo probará más tarde, en la curva del tiempo. La influencia de la literatura española clásica en la francesa y de la actual literatura francesa en la española.

Toma base su carta a Mr. Fitzmaurice-Kelly, que es todo un programa de vital actualidad para las letras castellanas, en este concepto del maestro inglés: lo llama a Ud. *a master of a rapid gallicized style* (un maestro del rápido estilo francés). Ud. demuestra, con la elegancia literaria que a Ud. caracteriza y con una erudición que remonta a toda nuestra historia intelectual, que la acusación que se ha hecho del galicismo en el pensamiento español es, a la par que una limitación incomprensible, casi en todas sus partes falta de razón. Porque, por lo demás, no se podrían evitar esas corrientes de vitalidad que los hombres como los pueblos se prestan de época en época. No hemos sabido, los que como Ud. hemos venido a las letras castellanas en este siglo, del estilo ahuecado y lento, vacío y adusto, para alarmarnos por la rapidez de la prosa y del verso que encantara nuestra primera juventud. Arte que es de gracia y de sugestión, aéreo y penetrante, porque es libre como la vida y porque tiene un fondo constante de emoción y de pensamiento.

Nos hizo daño, en el espíritu y en la paciencia, el perenne elogio que se nos hacía, en la clase de literatura, en nuestros tiempos de estudiantes, de todas las excelencias de la prosa castellana, en nombre de la cual se quiere condenar la verdadera y única sensibilidad de nuestra naturaleza. Vanq tentativa que no hizo sino sembrar en nuestro ánimo el odio hacia todo lo que fuera acompasado e interminable, y lo que sobre todas las cosas nos llena de dolor: en tal odio confundimos a los clásicos, porque para ilustrar tesis falsas, se recurría a ellos, posiblemente a lo peor de sus cosechas. Entonces les tuvimos horror y no es sino más tarde que tan alto tesoro de encantos y de perfección, se fué filtrando en nuestro interior, para dejar allí ese sedimento espiritual que va constituyendo el puente de la tradición literaria. A costa de cuántos trabajos de reacción nos fuimos dando cuenta de la verdadera sustancia mental y estética de nuestros clásicos. Más tarde comprendimos otros secretos en ellos y vimos en sus obras los gérmenes de cierto modernismo, hasta sentir en Góngora al extraordinario poeta que busca, como Mallarmé, en el sentimiento de la música y del color, una base para su estética.

¿Quién se atrevería a negar la in-

fluencia decisiva del pensamiento francés, a partir del romanticismo y aún desde antes, sobre la civilización española? Es inmensa en España y en América, y en los últimos tiempos se ha hecho sentir más. La Revolución Francesa nos independizó a los americanos y la literatura francesa nos enseñó el valor de la gracia y el peligro de las ideas, ágiles porque son bellas, librándonos de tal manera de la rigidez escolástica y de la vaciedad oratoria. Tarde, muy tarde aprendimos a dudar, pero hoy ya sabemos la lección, con todos sus encantos: el escepticismo no nos produjo efectos desastrosos y el arte encontró que la duda era el origen de muchas deliciosas enseñanzas. Y no se puede dudar sino a pequeñas dosis, como se gusta el amor, como se gusta la filosofía, como se gustan las cosas en donde el oficio resulta de lo intenso de la vida. Es aquí en donde encuentra su razón eso que Ud. tan bellamente llama «un lenguaje apresurado, simple, hecho de frases cortas». Cuando las formas clásicas, nutridas en esa lengua maravillosa que tanto sintiera Juan de Valdés y que se desarrolla en más de un refrán, «los más de ellos nacidos y criados entre viejas tras del fuego, hilando sus ruecas»; cuando las formas clásicas van transformándose para dar la espléndida floración de la vida literaria actual, entonces no sólo ese temido francesismo se insinuará en nuestra naturaleza: Formas desconocidas del Norte vendrán a enriquecer, con nuevas tendencias literarias e ideológicas, el acervo de lo ya establecido. Tal influjo vendrá de nuestra América (en ella nació el temblor lírico moderno que todo lo transformó, en los planos del espíritu). Estamos más cerca de los Estados Unidos y somos pueblos jóvenes como ellos. Sentiremos todos sus hechizos artísticos. Nos encantarán sus formas y, en la escena de la más reciente civilización occidental, diremos con ellos la grandeza de la vida. La influencia inglesa — el pensamiento siempre viajó en barcos mercantes, — implicará inmensos triunfos en las nuevas orientaciones mentales de nuestra vida. Lo mismo la alemana. Recuérdese que nuestro continente es una porción del mundo hacia donde afluye todo lo que emigra de esta parte de la tierra. Esa grandiosa emigración nos va formando en todos los sentidos. Hasta el momento actual se ha logrado conservar la lengua de España, — y quiera el cielo que así sea siempre. Pero los últimos instantes de nuestra historia van simplificando formas que ya se creían definitivas.

El instante en que aparece Rubén Darío es decisivo: junto al maestro se agrupo una «élite», tanto en América